



Estas selecciones poéticas se comenzaron a publicar alrededor del 2010 en la sección *Tropos de CubaLiteraria*, la página web de los escritores cubanos. Ahora MOLINO BLANCO EDICIONES ofrece una *Serie de poesía cubana*, en volúmenes de diez autores, para su distribución entre los propios poetas escogidos y otros amigos interesados. También en la sección de *CubaLiteraria* se han publicado clásicos de todos los períodos, pero aquí sólo incluimos a autores incorporados a la creación lírica después de los años sesenta, y sobre todo a los que poseyendo un nivel de calidad han sido menos favorecidos por la promoción. El propósito esencial consiste en contribuir a su conocimiento y difusión general.

No deje de visitar las siguientes páginas:

MOLINO BLANCO Ediciones: <https://eureki.site123.me>
HODOLOGÍA. Poesía y pensamiento: <https://hodos.site123.me>

PROYECTO SYNERGOS, CUBA, 2016

SERIE DE POESÍA CUBANA

Volumen 2

Modesto Caballero Ramos
Néstor Cabrera
Lisette Clavelo
Monika González Ortega
Aldo Sánchez Herrera
Irasema Cruz Bolaños
Lionel Valdivia Aguiar
Mireisy García Rojas
Elsa Morales Naranjo
Margarita Lozano Parrilla



La poesía de MODESTO CABALLERO RAMOS

Modesto Caballero Ramos, poeta que canta la atmósfera compleja y entrañable de la ciudad, deja testimonio de su afecto. Escogiendo las emociones más hondas, los sentimientos que alcanzan un rápido y raro calado, inscribe en el fluir de sus imágenes los oscuros entranes y los salientes luminosos de una ciudad que parece llevar esculpida en la sangre. Dentro del ámbito descrito con dominio absoluto de las pautas, los seres humanos, los objetos particulares y distintivos del entorno escogido, la andadura emotiva del propio sujeto, crean una extraña señalética sonora, una pululante arquitectura interior. Es la ciudad donde todos creemos vislumbrarnos, según las experiencias cotidianas que sostenemos, cada uno desde sus gradas y cornisas personales, dentro del largo litigio y la aguda sobrevivencia. Pero en las manos del que canta la ciudad de todos se torna empiria intransferible, espejo incambiable y auscultador, lección de penetrante vivencia. A pesar del vértigo en los abisales descensos, de las exploraciones dolorosas en la ciudad atropellada e insondable, el poeta exhibe jáquimas fuertes y no deja caer nunca la cabalgadura: los textos se muestran redondos y contenidos y no van más allá de las imperiosas necesidades de la exteriorización lacerante.

ROBERTO MANZANO

LOS DÍAS

Qué son los días sino cicatrices
siempre abiertas al dolor, a la alegría,
al espasmo de la suerte veleidosa.
Venas inversas al futuro
por donde nos acercamos a la muerte,
látigo que acaricia
la ilusión del hombre por encontrarse,
por llevarse al corazón
el imposible dejado sobre la almohada.

OTRA VEZ LA CIUDAD

Otra vez la ciudad no me recibe.
Ando por sus calles, entre gente
que me ignora, pateando el polvo.
Cuento las columnas, los cristales rotos,
hasta me parece ser yo mismo
no el andante, no siquiera mi sombra
o la figura del espejo azogado con manchas.
Esta ciudad vendió cada puerta,
cada latido. Las calles
aparentan sábanas de barro,
extraña sensación en la memoria.
Algo parece recorrerla

pero hay siglos de nieblas
en los caminos donde los hombres
dejaron la impronta de su fe.

EL LECHO DE LA ANGUSTIA

También estas noches, nocturnidades de siempre,
las que cubrieron sueños ancestrales, ahora mismo,
en muchas partes abren alas para no asustarnos.
Todo sigue el curso indagador:
la primera vez,
el halo universal de los inicios.
Son las iras incautas de la luz, pero son.
La noche ha de venir con pasos gastados
sin cansancio
y nosotros, en el lecho de la angustia,
no importa qué encendamos,
ella guardará el espacio
donde podamos vernos sin vestir vergüenza
las verdaderas sombras ocultas tras las puertas.

CIUDAD DESCALZA

La ciudad me desvela.
No quiere responderme todavía.
Ha vestido a sus ángeles de harapos
confundiendo la mirada que la observa.
Las luces son escasas. Sangra por cada ventana

la púrpura sonrisa del verano.
Los pasos van, vienen, se detiene el aire,
se consume el fuego.
Queda, sin embargo, algún vestigio
entre las ruinas escupidas de sus calles.
Nadie la visita. Alguien que ha intentado
agrupar su corta geografía,
desde lo alto,
desde donde emergen antiguas voces,
cruza los brazos y se sienta a esperar que se levante.
Esta vieja ciudad
ha cerrado los ojos y el polvo sigue cayendo.

QUIZÁS LA ATLÁNTIDA

Ciudad, ábreme un espacio, déjame habitarte
las cercanías, los sitios donde lo posible...
Déjame, ciudad, ser un transeúnte,
de los que caminan en silencio,
abarcando sólo el espacio necesario
entre tus columnas,
sin escupirte las calles.
Entre nosotros, ciudad, lo común existe,
servidores de tantos, atención de nadie,
y aún así indispensables aunque no se reconozca.
Los niños ajustan la alegría del parque,
los ancianos beben añoranzas,
los amigos se estrechan, los enemigos se odian,
pero a nosotros, ciudad, ¿quién viene a salvarnos?
¿Quién recurre la sentencia del solitario?
Nada importa si el silencio calla una vez más,

la denuncia queda siempre entre papeles
y se nos gastan los ojos buscando el pergamino
donde Dios escribió esa sentencia.
Quizás la Atlántida lo supo,
tal vez ella y los que allí vivieron
y nosotros, ¿quién sabe?, la historia repetida.

MODESTO CABALLERO RAMOS (Mayarí, 1948). Poeta, narrador, promotor. Ha obtenido múltiples premios, entre los que se encuentran el Francisco Mariscal, el Waldo Medina, el Regino Pedroso, el Francisco Pereira. Finalista del Concurso Iberoamericano de Décima 2000 y del Primero de Enero de Literatura Policial. Vicepresidente del Grupo Ala Décima. Ofreció recitales y conferencias en Guatemala, donde creó el Club de Amigos de Aladécima, conformado por veintitrés poetas guatemaltecos. Graduado del Diplomado Historia y práctica de la creación poética. Tiene obras narrativas publicadas.



La poesía de NÉSTOR CABRERA QUESADA

La poesía de Néstor Cabrera Quesada explora en nuestro tiempo con agudo escalpelo. Las relaciones complejas del desarrollo tecnológico y la psiquis, de la psiquis con los múltiples modos de conocimiento, del conocimiento con las intuiciones religiosas de todas las culturas del orbe, son asuntos freáticos que corren por sus versos llenos de incisiones escriturales. En su fondo discursivo hay un cuestionamiento constante de lo dicho, como paradoja de comunicación, que establece consensos y disensos entre los seres humanos, aun en aquellos que ponen más interés en consensuar, que tratan de anillarse bajo la utopía de lo armónico y lo conviviente. Es por ello que sus versos se cifran, saltan, prescinden, acumulan, grafican diversos estratos de expresión. Nos quieren decir que todo terrícola es un alienígena, todo ciudadano alguien urgentemente necesitado de orientación, todo desorientado alguien que se encuentra de pronto en la revelación de lo que suponemos es la frontera. Sus mejores lectores son los que han reflexionado profundamente sobre los nudos comunicativos de nuestra apocalíptica existencia social. En la poesía cubana de hoy otros jóvenes poetas, junto a Néstor Cabrera Quesada, buscan entre los nichos artísticos la marginalidad profunda de la sustancia de la psiquis, y de la psiquis de la sustancia.

ROBERTO MANZANO

NIÑOS SOL

a Ricardo y Yordy

El viejo se balancea sobre cabeza y pies
expira e inspira en resorte
oruga ¿quién eres tú?
su mantra decrece
los nombres le son humo
sorbe la levadura que eres
su ojo manosea las filigranas
sangra con los bordes más luminosos
despide el suelo, y se habla a sí mismo.
Los seres del aire toman de la tierra
si lo olvidan
caen
¡Despierta!

Repliegan sus arrugas
ovillos, péndulos
deslizarse dentro.

Ven al hermano amarillo como ríe morado
pies y fe sobre el Caribe
en una palma la mujer que fuma
los pétalos útiles de la otra.
Trinidad que busca descargarse en sí
sin editar el tiempo
la muerte en todos los caminos
renacer.
Criatura, insecto y vicio pensaron

si las puertas de la percepción siguen cerradas
al menos el intento.

YURA O LA DESAPARICIÓN DEL MUNDO

Continúa su jornada
cansado de los ordenados en el satori
(ego y postura en la misma línea)
busca... compañía
de las monjas de la acción, la carroña divina

chupi-chupi jala-jala

devoto del templo del delirio
donde se da
la verdad
que nunca llega
sólo la resurrección a un nuevo hoyo
toma y lo toman
no importan las amenazas de los negros ángeles de la injusticia celestial
vacío siempre más vacío
aún cuando ya no quedemos (y somos pocos)
estará... otra vez.

Gashó, por favor, gashó.

LA DIOSA DEL PANTANO

AM-FM

Encontré tu imagen en la espuma
Luego en el abrazo profundo
Ser estridente, envidiado, odiable y deseable
La inmersión es el don por el que buscas
El oxígeno, la muerte que abominas

Te deshaces de los pequeños que juegan a oler la húmeda fetidez
De tus orillas
Los cercas con tus aguas, los liberas
Y quedas prisionera rodeada por el fango
Y de las ofrendas locales que alimentan tu cólera
Qué desperdicio ahora que todo subía de nivel
Y se inundaba hasta la cima de los picos
Pero no eres amante de las pérdidas
Prefieres los estanques, las conexiones, los cálculos cerrados
Las cifras de densidad el dolor
El dolor atávico de tu reinado:
el descenso

CAPRICHO

Velo de sables verdes
y el espacio se torna orquídea y boca
sus espíritus derrama
un cuerpo disolviéndose en la flor
la flor diluyéndose en el cuerpo
un útero gelatinoso

la dulce galena,
inconcebible fuerza disgregante
que la altísima dispone
pulsar la plenitud volumétrica
libera a la serpiente de su cola.

El cielo observa y escucha
la transición secreta a capricho
ondula la planta su naturaleza es raíz
no hay remedio, principiante
tu deseo funge la forma
simetría semejante a distintas escalas
una inevitable caricia profunda
libera la interioridad
conciencia-cavidad-reactor-estalla/
estallido-reacción-concavidad-otra conciencia
se extinguen los incapaces
las sombrillas crecen sobre la hierba.

CONTRA LA PARED

Prueba de fe o lo contrario de hablar con propiedad
entrega, disolución, unidades
¡Valquiria!
Tú y tus niveles

— Este es el potenciador del objeto, o sea, este programa sólo corre cuando los códigos son disfuncionales. Los parámetros 1, 2 y 3, nunca son reproducibles una vez que el proceso se desencadena pero siempre se incluyen para mostrar la sucesión lógica y cómo llegar a utilizar de manera práctica el objeto. *(No volver a mostrar este diálogo.)*

¿Qué tiempo queda?
... la práctica del encaje
volver_te
fijar la superficie blanda,
el surtidor en un enlace boreal
donde las superficies ya no son barreras
ni el silencio,
y quedar
narcotizado por un perfil radiante
¡Nein!

– El director tiene 12 canales de sonido estéreo en uno
– Detener este cronómetro al final del latido
– Si se desactiva el botón de iniciar/apagar
– Si estamos en la fase 7 entonces...
– Huir de lo que se acerque demasiado
en un marco tan flexible
nunca antes había sucedido con un palillo

siempre esa hacha adorable

– Terminar si
– Terminar si
– Terminar si es suficiente
– La animación se reiniciará en el mismo punto

MESHUGGAH DE POLLO

Basta ya.

Me darás de comer...
como a los pollos que en camión van al matadero

sin saber la dirección contraria
de un vehículo similar de la compañía rival.
Los primeros de una línea bastarda de menos de 400 años
— base poco sólida — ;
los otros no más legítimos, aunque algo más añejos,
alegan la anarquía de la nueva camada
emplean sus filtros de pureza
mucho esmero y fallan las clasificaciones...
en un sentido u otro,
se encuentran dos bastardías paralelas;
desórdenes que se enfrentan y husmean en el opuesto
se desean y necesitan

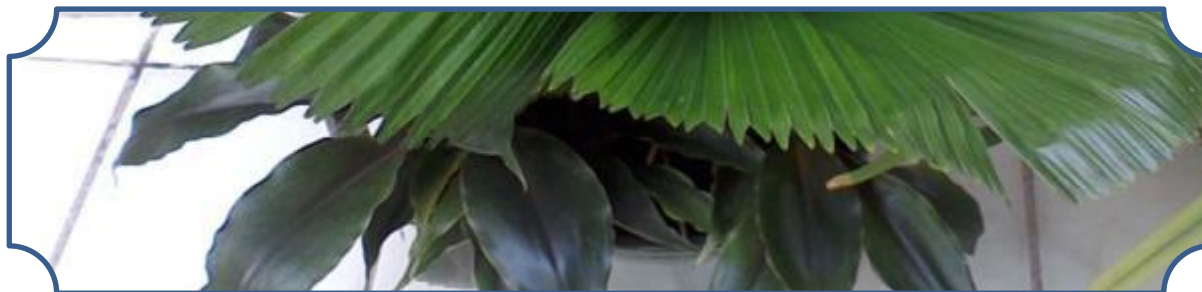
quizás dependientes de esas manos que salen sobre la mesa
que todos ven y eres el último del país en enterarte
da la impresión que se han dejado amedrentar por el portero (del nivel)
— una barra plástica contra una metálica —
pero prueban y les gusta
no hay lujos sin tradición.

Muchos helados
por la imagen
de dos ejemplares
que hacia el mismo punto
vuelan
ya sin cabeza ni plumas

más que una colisión:
compatibilidad perfecta — hueso y carne —
un acomodo a la velocidad
y el temor a lo inminente, a lo que viene
¿pero, y el linaje...? ¿cómo quedar? — se preguntan —
nunca entenderían; no hay nada que explicar
no hace falta, ni es posible

lo que no se dijo
porque será
un algo... una nueva materia
y habrá que hacerlo
habrá que hacerlo muy duro.

NÉSTOR CABRERA QUESADA (Ciudad de la Habana, 1976). Poeta, traductor y editor. Ha publicado *Estrofaríos*, Editorial Extramuros, 2008; *La política de la forma poética*, Charles Bernstein, Torre de Letras, 2005 (traducción); y *Andando bajo el rumbo de la luz*, de Kelly Bancroft y Steven Reese, Editorial Arte y Literatura, 2009 (traducción).



La poesía de LISETTE CLAVELO

La poesía de Lisette Clavelo, existencial y lapidaria, deja su vibración en el aire como el golpe exacto sobre un diapasón. Lo que permanece en nosotros es precisamente lo que ella no ha desarrollado totalmente, pero que ha alargado por vía de supresión. Su mecanismo básico de composición, junto a la elaboración de enunciados narrativos sugerentes, es la elipsis, una de las llaves expresivas de todo el arte. La elipsis es evidente en su elocución: la brevedad que se prolonga, lo no dicho que se dice, el añadir del receptor, complementario de su sabio quitar, ofrece a sus veloces piezas una morosidad de atención. Muchas de sus composiciones parecen suspendidas en el aire, más que terminadas, en el sentido compositivo usual. Esta provocación para cocrear implica que la autora ofrece lo que esconde, pues permite que el lector de sus poemas entre y participe en su mundo interior, buscando la necesaria completitud de lo psíquico, como lo han revelado los estudios gestaltistas. Aunque tienen cierto aire epigramático, realmente permanecen lejos de los epigramas, pues sus breves desarrollos no son subsidiarios de sus finales, sino que sientan desde el incipit una atmósfera para la interacción, y no para la declaración unilateral. Deben más al espíritu de nervadura lírica de la poesía japonesa antigua, a pesar de su aire existencial, que a la inscripción ingeniosa de la sensibilidad occidental. La poesía de Lisette Clavelo aparenta una modestia estilística que es una de las claves de su profundidad humana.

ROBERTO MANZANO

NANAS PARA DESPUÉS

A mi hijo

No detengas la luz
aunque la veas partirse bajo el agua
No trastornes su estancia con una rama
por tener un pez no te ciñas la noche
Ve desnudo aleja a la impiedad
Puro azar de vivir no eres ajeno
y todo el Universo será tuyo

ESTOY DESNUDA EN UN RINCÓN

Me aprieto contra las rodillas
en un abrazo de nadie
como si algún animal
de mínimo poder
quisiera huir de mí

Ya no soy más mi casa
estoy llorando
goterones mansos
y dentro ruge un mar
que no se qué me dice
y al que no pediré nada
nunca nada nada

VISITACIONES DE LA DICHA

Espléndido animal
que agita mi casa y sus jardines
espanta gorriones violenta celosías
suave terco logra estremecer mis ángeles

Mitad bestia innombrable mitad diosecillo
conoce mis seudónimos mis hambres
y exorciza mi cuerpo contra cualquier alquimia

Ahuyentador de sombras
y todo para que no claudique cuando estallan demonios
para que no escape como aquella sombrilla
que pasa con la tarde

POEMA EN LA CIUDAD

¿Qué habrá detrás del puente?
Si lo cruzo siguiendo la quieta claridad del aire
tal vez halle una mano
ofreciendo sus migas últimas al agua

¿Quién se habrá adelantado?
Acaso el polvo y el humo estén
y me señalen la ciudad que no consumo

¿Existirá un niño tras los cristales
mirándose hacia dentro
o tendremos que seguir
haciendo el amor para encontrarlo?

UNA ROSA

No existe más la rosa.
DULCE MARÍA LOYNAZ

No hay nada que hacer
soy ésta que vuelve cabizbaja
a echarse a soñar sobre la hierba

Este amor no parió su criatura
pero lo gestó bajo su falda
y la dio al mar como uno de sus hijos
para qué darle piernas y una escasa visión
de lo tan alto

No nos sintamos desvalidos
fuimos cuerpos al acecho
la verdadera fiera pasta de nosotros
y no llega a hacer manso su deseo

No hay límites porque hay infinitud

Existe sí una rosa
contra la que no puede el viento

EPÍSTOLA SIN FECHA

Hace cuarenta y ocho horas no amanece
Atados los cabellos coloreada
espero
mientras bebes con tu boina de invierno
y escribes en las servilletas
maldiciones de amor

Hazlo convénceme
de que adoro tus uñas mordidas por mi desamor
tu pelo enredándose en días
de ausencia

Dibújame sin labios
y sonríeme abrazado a tu guitarra

¿Por qué me empecino en voltear el espejo
y enceguecida huir a la ciudad
si lo idéntico no existe
y tu frente cae sobre mi espalda?

Eres un susto feroz
que te abandona intacto en la madrugada

Haz un último acto de amor
y olvídame

LAST DAY

Vientos del norte furiosos
comenzaron a partir los muros
a devastar los sitios
donde estuvo la vida

Vientos sórdidos
huracanes que creen poder con la memoria
tablas podridas que cercaron besos
árboles como el mío que no pudieron derribar

Cuando yo muera
dejen la casa abierta
al aire al agua a los gorriones

DE TODAS MIS MAÑANAS...

Cierta vez algún pájaro puso un nido de urgencia
y dejó sus ramajes dividiendo mi luz
viéronme del tronco su color de agua vieja
mas no llego a ser árbol

Nunca supe hacia donde se reúnen los hombres
ni hacia cuál desmesura se sueña un horizonte
Acojo por ternura esa huella callada que deja un caracol

Pero amo al Universo conformo su cría
y todos buscan todo
incesante silbido canto de todas mis mañanas

SÉ

*Se descuelga mi cruz
ya no amo al hombre que parí.*

ADA ZAYAS BAZÁN

Sé
que los insectos y las flores
dibujan en rito nocturno
pequeñas luces en las hojas
que habrá nuevos frutos
cuando cese la lluvia
y que luego la madre
alzará su alegría de ropa blanca
en espera del día

Sé
que cuando se deshagan los nudos del alma
todo se pintará del rojo encendido
de la tarde que me ungiré de mar
y a otra piedrita daré un nombre

Sé
que me llaman lejanamente
los amarillos campos futuros
que hay manos para mis manos
y fiesta en la ciudad

Pero ya no amo al hombre que parí
por quien me doy este pequeño duelo
como un pocillo de café amargo
en esta callada muda de dioses y de espadas

LAS ARMAS DULCES DE MIS DÍAS

Qué es eso que me busca
quién me llama
para mostrarme qué
como no sea una florcita silvestre
meciéndose en su rama

Será la serpiente
que hundida en el pasto
espera por mi pie
mientras yo busco al Pequeño Príncipe
para que no vuelva a doblarse por su trampa

Para decirme qué
se acercan con sus lejanos cirios
los ojos de la noche
ojos que no vi salvo una vez
y los llevaba un barco
hacia adentro hacia allá
por donde nunca anduve

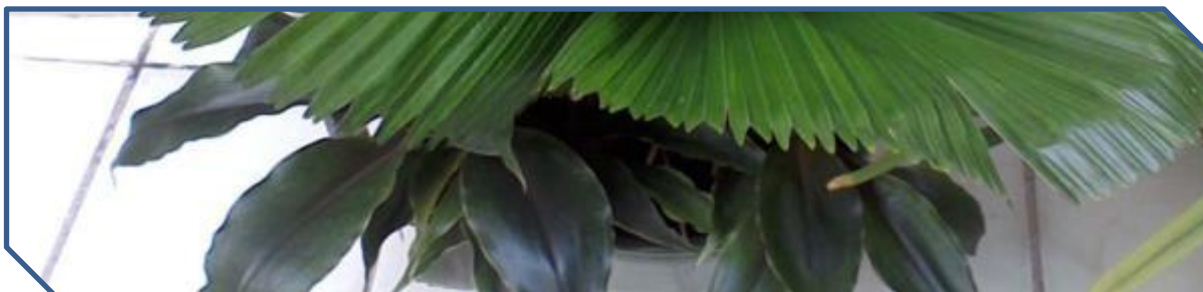
Qué puede contarme el mundo
que no lleve como prohibida alegría
bajo mi corazón que es su jaula

su dulce primavera
a quienes amo con todo mi silencio
por quienes tejo mantas que no voy a usar
por quienes coloco una taza de más
a la hora de mi celebración
en medio del Universo

Qué quieren de mí
que no se hayan llevado en bolsos y mejillas
cuando les doy el rostro

A proponerme qué espantos
se acercan los duendes de la multitud

LISETTE CLAVELO (La Habana, 1956). Poeta. Miembro de la UNEAC. Representante en Cuba del Movimiento Internacional Literario aBrace. Miembro de la Asociación de Escritores Latinoamericanos y Europeos (SELAE). Especialista del Centro de Promoción del Libro y la Literatura de la Ciudad de La Habana. Conduce la tertulia literaria *Café con filo*. Ha publicado: *Flor de madera*, Editora Abril, 1992; *Anagnórisis*, Colección Pinos Nuevos, Editorial Abril, 1994; *Los días del reloj*, Ediciones Extramuros, 2010.



Poesía de MONIKA GONZÁLEZ ORTEGA

La poesía de Monika González Ortega, a pesar de su juventud, posee una envidiable precisión: la mano que escribe sabe copiar los raros estados psíquicos de quien se encuentra examinando su vivencia con esperanza y nostalgia. Puede traducir con dignidad lo que los ojos de su estado de ánimo logran ver en su interior: tarea enormemente difícil para un poeta, que comprende lo complejo de la naturaleza humana y lo insuficiente de los lenguajes conocidos. Sabemos que sabe, porque podemos acompañarla, movernos con lo que ella escribe, con-movernos. Si un texto alcanza esta capacidad locomotriz, más allá de todos los pelos y señales de que hablan los retóricos y los lugartenientes de las múltiples tendencias poéticas, entonces es un buen texto, desde luego, y tiene, entre otros valores, el supremo valor de comunicar su mundo interior con acendrada autenticidad. Lea el lector con detenimiento sus versos, imagine lo que se le cuenta con honradez y complicidad, y se asombrará de que escritora tan joven alcance tan finos niveles de expresión.

ROBERTO MANZANO

HABLAN LOS USHER

I

Casa:

Iniciación gris,
estrecho rincón

donde enterrar recuerdos.

Domadora del viento
acentúa el fracaso de la piedra
sobre el tejado roto del vecino.

Antiguo mantel
manchado por el té.

Constante culpa de los panes,
filo de tristeza,

pulidor de esta cuchara
con que te acabarás
el postre de la muerte.

Apoteosis...

Séptima vida del polvo.

Aprendida cicatriz

la casa:

un no de rejas que nos defiendan,
ámbito pleno de libertades.

II

Ventana abierta:

después de ti

no existe país lícito

para los sueños.

Transformas el dolor de las ciruelas

en octubre,
 último capítulo naranja.
Enmaderado desplome,
admite como pretexto del paisaje
esta lejanía
que se lleva el malva de los tilos.
Llagas de atardecer,
cristales bautizados por el polvo:
ahora que saltamos la cornisa,
resístanse a creer en el olvido.

III

Mesa:
degustas pétalos en penumbra.
Alejado de las horas queda un jarrón
dispuesto al juego efímero del agua.
Derramas sobre el almíbar nuestra hambre,
grito heredado
en la asonante rima del mantel,
arbitrario horizonte de madera que nos deshila
entre calambre y verso;
para no ser troncos clavados con tedio
en el último minuto del comején
corremos iguales riesgos...
Habrá que sostenerlo todo.
Ocupar cada silla
por enjambres de sombras,
sintiendo latir el corazón
como estómago vacío.

IV

Guarda un as como pronombre del ultraje
bajo la manga de la primavera.
Resume el júbilo sin mediodía aparente

para dosificar errores y esperanzas.
Acumula veletas al costado del viento.

Echa abajo:

cerrojos,
espuelas,
armas que retrasen la humedad.

Transita, consciente del estruendo
la curva con que amenazan los derribos,
dispuesto a escuchar
qué ofrece el silencio.

LAS SOLEDADES DEL ÁRBOL

I

Los niños apedrean la tarde. De sus bolsillos nacen gritos que desbancan al silencio, mientras los últimos rayos de sol cuelgan ajenos en las pupilas de la hierba, hacen del crepúsculo zapatos en las venas del polvo. Como buenos enemigos, desabrochan sus banderas y las agitan contra el viento. No necesitan para subir al cielo ningún pedazo de roca ni las suelas que tantas veces tronchara la sombra; basta ensartar la cuerda del deseo de la rama más próxima. A la tropa poco importa haber escalado la gloria, pues el peldaño más alto se encontraba en la edad de la semilla.

II

Manos cargadas de intenciones maduran impulsos, trituran las vértebras de mis hojas, sordas quejas del aire espantan tallos y zumbidos, fracturan los huesos de la amnesia para dejar en mí la imperfección de los recuerdos como nutridas raíces de angustia. Hurgan en las intimidades de los nidos, alimentándose de cantos y pájaros. Manos que ignoran la tersura de los pétalos, invaden con sus dedos la virginidad de las corolas y se alejan después, manchadas de amarillo, exactas a los gritos de sus dueños.

III

Señor:

Quise un novio sólo mío, para no llegarlo a amar dos veces, pero usted no me dio un as de frutos como vientre y así no puedo engendrar dulces, olores, ni resina que funda los abrazos en masivos delirios vegetales.

No lo culpo. Me sueño novia que ostenta un copioso ramo de musgo sobre finos encajes de agua, corteza multiplicada en velos hacia la tarde. Mustia, coronada de polvo, termino entre los azahares como trampa que el viento deshace.

IV

Llevan en la corteza un cruel desprendimiento con olor a disculpa de piedra en medio del estallido, sólo les lustran el cuerpo cuando se hayan deshechos, sin otros honores que la autopsia de la pulpa.

Con qué grito gemirán entonces, comandados por los saltos del camino. Cómo administrará Dios los pedazos de mis hijos en la tierra, las cáscaras de una familia, cómo es que se reparten... lejos ya de las ramas, a quién reclama la tarde sus nombres. A quién culpan los muchachos del detrimento en que han caído sus mordidas, selladas sobre la hierba. A quiénes transportan los sarcófagos de vidrio, que no pueden esperarse las hormigas a que yo les dedique este lamento.

V

Arriban las raíces a su primer puerto, sobre el ramaje de mis hombros se mece el péndulo de las sombras y el polvo me declara confianza.

Los puentes muestran la escasez de barandas frente a las aguas vencidas, alzan los escombros su inquietud y el sauce deja un cómputo de ausencias en la fuga.

Viejo bache, te han tapado con culpables que libaron el polen de la noche cuando nadie merecía la sombra. Sólo quedan óleos de mujeres con sombreros y parques completos, restos de una voraz desmemoria que abona el sentido a los infames.

Cómo aguantar la mirada de la tierra al contemplar mis raíces obstruyendo los recados de la angustia; será que también he de empuñar las ruinas, rajar en dos la historia de tanto tejado noble, ignorar el fruto que se oxida de cal bajo mis hojas.

Entonces no habrá sitio donde amarse, ni cines que proyecten exhaustas primaveras, ni estaciones sublimes que detengan la impiedad con que parten los trenes, llegado el tiempo de temerle a mi ciudad, adónde iré, intacto del regreso.

VI

Cuando vengan los hombres de manos afiladas, qué enfermedad fingiré para que no se lleven en la cáscara del miedo esta memoria, para que no reconozcan mis entrañas entre cuerpos débiles. Cómo espantar la voracidad de las hachas, el derumbe es un himno que corre por las venas.

Si no me seco, encenderán las ciudades con mi nombre, volarán mis ancestros en las cenizas del fruto, prófugo ya de las envejecidas manos del niño.

VII

Si vas a llorar, que sea cierto el ánimo tardío con que explotan los frutos, la timidez de la pulpa sobre la hierba y la añoranza hecha leñas del gusano.

Concéntrate en las lágrimas de todos, que detrás de cada pétalo se amen los sollorzos y la rabia en las señales del canario no traiga más noticias que tu nombre.

CORNUCOPIA

Una mujer se desnuda,
el crepúsculo viste piel de senos;
geranio despierto
que hará triunfar la noche.

Mujer desnuda
a las puertas del mundo,
elogios y pescadores
tendrá su carne de anzuelo.

Tras la ventana,
reza un hombre:
Es el vino presagio, delirio,
fuga inminente, desconcierto,
zozobra.

Mujer masticada por sombras
lanza su imperio de nervios
a los tilos.

Toda culpa es de Penélope,
las hebras con que bordaba instintos
le descubren la tortura de ser otra.

BOJEO

I
Las islas
heridas abiertas en la garganta del mar
manchan el horizonte
alimentándose de hombres
que heredan soledad en los crepúsculos.

II
En cada orilla de las islas
hunden sus manos los hombres
como la gloria de la sal

duran sólo el instante
concebido por las olas.

III

Mudos los hombres miran
al cielo de sus islas
demasiado alto queda el sol
ninguna balanza podría precisar
las libras de amargura contenidas.

IV

Dentro de las islas
más vale ser amable con el musgo
porque el otoño no disminuye riesgos
y los hombres se preguntan
a qué distancia la tierra
condena sus palabras
divididas por sílabas de abismo.

V

Sobre las penas de sus hombres
las islas se fortalecen
obligándoles a soportar
el látigo impostergable
con que las consignas de las redes
castigan desde el fondo.

Demencia en azul.
Cuatro y diez de la mañana:
todos se van de mí:
quedándome yo en ellos.
Veo sus rostros
aglutinados en mi retina.
Gestos:

derrumbe sentimental,
córnea sin techo.
Recuerdos,
 pasos,
paso y recuerdo:
cuatro y diez de la mañana.
Ícaros empacando
azul dentro de azules,
nombres que se hacen olas,
cuerpos navegándose,
mente acuática.
Inventario: remos, brazos, alas
a la una
a las dos
a las...
Cuatro y diez de la mañana:
autodesterrarse del miedo,
quedar a la intemperie.
Volverse,
 tener raíces en lo vulnerable del cielo.

MONIKA GONZÁLEZ ORTEGA (San Antonio de los Baños, 1987). Poetisa. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz. Guionista de la Emisora Provincial Radio Ariguabo. Miembro del Taller Literario Municipal César Vallejo. Integrante del equipo de redacción de la revista literaria *Cuadernos del Tábano* (España). Participó en la V Cruzada Literaria Camagüeyana (2008).



La poesía de ALDO SÁNCHEZ HERRERA

La poesía de Aldo Sánchez Herrera es de una viva capacidad de sugerencia y de un fino misticismo sintético. Constituida por plegarias y testimonios lacónicos, ensartados en conjuntos sinfónicos, mantiene un fuerte volumen de diálogo con el destino y el universo. El poeta se desprende de las adherencias con que las circunstancias nos cubren, como algas oscuras que impiden la oxigenación, y habla desde la nuez imperturbable de la vivencia. Al procurar que el trozo de existencia cantado adquiera perdurabilidad, entra de inmediato en lo divino, y la lucidez de la poesía le revela la presencia magna del Creador, con quien intercambia de continuo sus humildes rapsodias. De toda esa atmósfera no quedan más que los poemas sueltos, y ya salido del trance, con la inteligencia en las manos, el poeta los aglutina en mosaicos bizantinos, que nos resultan a los lectores que leemos con amor como un cromático peristilo. Hay un arquitecto invisible en sus libros: todo poeta es un arquitecto singular, pues construye catedrales líquidas. Aldo Sánchez Herrera escribe una poesía digna de ser más conocida. Su obra ha madurado allá en el silencio principieño, donde ha editado sus libros, y sólo un pequeño grupo de amigos mide con justicia el tamaño de sus ofrendas.

ROBERTO MANZANO

CELAJE ROJO

IV

Estoy de pie, en medio del jeroglífico que hago para vivir,
de pie, y no tengo un pensamiento donde buscar,
no queda ni un ápice del que fui,
todo mi yo se lo tragó mi ayer,
y a lo que a mí vendrá son estos pasos que doy sin rumbo aparente,
estas calles con semblante de resquicio,
estas casas enlazadas como cuerpos,
estos ojos hinchados de llorar y tú, Dios mío,
al que todavía con esperanza nombro: ¡Libérame del Amor!

Cerré los ojos:
la realidad tardó más de mil años
en tocar mis párpados,
quizá en el mismo instante en que salí
cerraba puertas en alguna parte,
no estaba allí, era una impresencia,
un simulacro en el desorden de mi cuarto,
giraba el armario con su olor a bosque,
el espejo con su cara de isla bañada por las aguas,
la pared con sus sombras y bestias y desconchados,
la cama: único follaje donde abrir los brazos
sin tener que asirme en nadie. Era nadie.
Estaba aún en pie, pálido, irreal, andando.

Reanudo mis nupcias con el tiempo,
camino de revés, subo a través de un minuto
carcomido por la espera, bajo por una flor
que anida en el deseo. Soy su desvarío.
Avanzo hacia donde el maíz ondula,
hacia donde un ángel confunde su grito con las olas
y sobre sí mismo emerge vertiginoso a la deriva.
Nada ocurre. Estoy en pie. Descanso en duermevela.

Rodeado por un vaivén casi corpóreo
las grandes cortinas de la noche
crispan un rumor sobre mi frente
y me llaman sin percibir los enigmas
que emergen desde el fondo.

¡Me desconozco!

Lato como la hoja que de mí mismo se desprende
agujero del alma, plenitud del viento.

Nada está en su sitio.

Mi cabeza es un astro que alguien palpó
entre sus manos alguna vez.

Un astro y una cortina de la noche
ya no son, se confunden a lo lejos.

Frente a la mañana de piedra y sol
hinchida de palabrotas y suspiros
un nido de yerbas acomodadas en mi piel
y las raíces como un palmo de tierra
me recubren. Me acaloro sin consumirme,
me refugio sin temer, busco la luz
y tus brazos son las ramitas del árbol
donde asirme, son de savia pura,
tus caderas y tu vientre también lo son:

tienen el gusto a una fruta indescifrable.

Escritura de polvo sobre mi piel,
terraza en el aire,
nube en la roca,
columna de sangre en la copa del verdugo,
grano de maíz,
escudo del hambre,
pastor del vértigo,
testamento de luz donde cae como de cantil
el águila mortal que asalta el valle de mi ombligo.
Te observo, chorro delirante,
frente en la mitad de mí,
donde se yergue la viva marejada
de un follaje de piedra
y un montecillo triangular y oscuro.

Mi mundo es una espiga si sonrías:
el cielo baja, la luz crece,
el espacio es festín y parpadeo,
ángel para el gorrión del ojo
cuando a través de ti
el aire oficie el polen y la sal
y yo me lo abreve en tus hoyuelos.

Tú,
entre el sosiego y la cavilación,
 Tú,
entre la resonancia y el vacío,
 Tú,
entre la aurora y el deber,
 Tú,
entre los golpes y la amplitud
como un migaja subiendo desde el suelo.
 Tú,
entre el mosaico y las lúnulas
que se abrazan en las tablas de lo alto,
 Tú,
entre el sublime jugo de frutas y el pan;
como si no estuvieras, tras un pedazo de madera,
en un vulgar papel, acristalado.

Estoy de pie. Y no puedo con las horas,
conmigo mismo.

 Todo apunta hacia abajo.

Me parezco al vértigo, a la columna de sol
que siempre me persigue,

tizón de lo infinito,
armadura de lo rojo.

Estoy de pie. Y el viento sopla un perfume
de agua que se acerca,

aliento de la roca,
fuentes de lo limpio.

Vuelvo al barro. Entre tus manos, resucito.

V

Estoy sentado en otro tiempo.
Mi frente roza una vereda,
contabiliza unos tatuados insectos
que se confunde con el jade.

El vaho de la tierra mojada
me devora como una mujer...

Las moscas se disipan.

Inauguran una danza que termina con el rayo.

Escarbo paisajes familiares,
armaduras de madera gris,
voy hacia un santo pintado con carburo,
hacia el rincón de la penuria:

dejo parajes amarillos, cornetas
perforando la música de una lágrima de años
que no cesa de caer ante mis pies
como la limosna de un instante detenido.

Noche llorosa y hormigueante,
 noche apretada en dos mitades,
donde la multitud en pleno grito
 abarca los nudos de su propio transcurrir sin nombre
y donde un incendio desmedido
 sangra por el calor de sus anhelos
 cada pedazo,
 cada hora,
 cada ser interrumpido y sin salida a lo real
como un racimo o una arcada del dolor,
 hacía sí mismo,
oh cerrado mundo, transcurriendo...

Una prohibición me toma por los hombros.
A kilómetros de mí, escucho los goznes
de una pirámide de yeso, los jadeos
de un alma mineralizada en su temblor.

Me lleno de sudores, de imágenes, de pies.

Me asisten el polvo y las rechiflas de un reloj.
¿Cómo salir de aquí? No avanzo.
Estoy anestesiado por una prohibición
tan abominable como oscura.

Horado mis manos. Están en su propia ingravidez:
lejos, cerca: vivas.

Chasquea el tedio tras una gama
 que salpica a sombra con firmeza
cada flanco,
 cada lírico temblor,
no la picadura entre las palmas o las invocadas líneas
 sino la unánime fracción que choca, allí,
junto a los demás dedos
 con el «hágase ahora o nunca ya jamás».
Mas, ¿por dónde empezarás, sonido de vida,
 si te tornas en golpe
o en una simple incordial llamada?

Apoyando mi cabeza en un par de zapatos,
dormito en una cama de cemento.
El carburo abre su inanimada pesantez.
Los nombres estallan, cubre el vaciado pulso
de la cal aislada y triste.

Corazones rotos.
Mi cabeza mana sombras, objetos
que se interponen entre la piedra y el placer.
Susurros.
Llantos.
Celdas.
Gritos.

No hay nadie más...
La noche es un témpano de culpa,
un largo camino con anchas hojas de turquesa.

Por la puerta gris, moviéndose la hormiga insiste.

¡Con qué trabajo intuye que su carga
no es más que un recodo de carcoma
y no la ansiada viruta de pan
entre las tablas balbucientes!

Resignada se equivoca.

A su fondo vuelve sin saber por qué,
allá, en la región vacía
su armoniosa fuerza es como una maldición
que trae, de boca en boca, las nuevas y áridas noticias.

Nunca he palpado otra cosa que el fracaso.
Habito un cuerpo que no es mío,
una abertura que salta, sin previo aviso,
de la noche a la mañana, del reposo a la calle,
del silencio a no sé qué lugar
lleno de gente, de estaciones, de ruidos.
Me muevo y me remuevo.
Si escribo,
la prisa me hala por los hombros.
Si duermo,
me llama al despertar.
Si en algo pienso,

mis piernas rasgan un temblor de quién sabe dónde
y la cabeza se me torna en celda,
en maremoto,
en levedad.
Mi vida no es mía.
Me he quedado varado en el auxilio,
en los vanos intentos de allegarme hasta el socorro.
Ahora mismo me llaman y blasfemo una mala palabra a Dios.
Tengo prisa. Una prisa por saludar a quien me llama
y a la vez decirle adiós;
que declaro su advenimiento como una fatalidad...
Sin embargo, no lo acoso, le sonrío...

El dolor que libra al hombre en tigre

El dolor que libra al tigre en cuervo

El dolor que libra al cuervo en cuerva

El dolor que libra a ambos,
y a los otros en un gemido
es la esculpida voz que libra al alma
en cuerpo del dolor...

Ahora que me despojo del poblado larguirucho
y penetro en la ciudad,
extraño las enlutadas procesiones de las lilas
a lo largo del camino,
sus infinitas hojas verdes en forma de corazón
derramando el aroma solemne

con que madre nos solía glorificar el cuerpo,
muy amadamente, entre baños y regaños.

Ahora me despojo del poblado larguirucho,
cuyas hojas no me atrevo a arrancar,
una procesión de enlutado rostro y verdes hojas
en forma de corazón, a mis espaldas veo,
allí, entre las lilas,
muy silenciosamente, deshojarse.

Después del saludo reverente y los salmos de acogida
delicados y solemnes,
levanté mi cabeza hacia la nube que ennegrecía
pálidamente la región
y bajo las voces que aún me sentenciaban igualmente con palabras
comprendí que había vivido hasta entonces en un pueblo
demasiado pequeño para mi gran carácter
y que mi vanidad había hecho las livianas floraciones,
como las lilas, a lo largo de un camino,
que entre hojas verdes en forma de corazón
daba, ahora yo, con la fina reverencia de mi torso
a cada hombre de la ciudad – como un tributo –
diciendo mi canción.

Yo, al igual que aquellos que marchan a mi lado,
estoy a un paso de invocar mis altibajos,
ya por la plena aceptación de lo difuso
o por las invisibles cosas que me envuelven,
no perfectamente en forma,
pero sí en pie y en buen estado de salud.

Ante mí las púdicas contravenciones
son como la urdimbre de los árboles
con su danza irregular.

Yo soy mi propia suerte
y me enarboló con la pasión
que íntimamente me recorre.

Ahora mismo, mis suspiros
son como la mística mudanza
que surge entre el bien y el mal,
como la plegaria simple que ha de llevarme,
íntegramente adonde quiero.

¿Cómo he de callar mi significado, Dios, cómo?
Si mi corazón en su doblar de campanas todo lo ve
como el río que nace feliz y saludable desde el fondo de la tierra;
y callar no puede, pues, como el sol de la mañana o de la tarde
cae o se levanta
o navega alrededor de todos los campos y palpita como un árbol.
No me digas entonces que me calle, Señor;
que aunque bien o mal yo he de seguir las campanadas que mi corazón ofrece
y como el fluyente río
el curso de palabras que salgan numerosas de mis labios, yo,
como un mañoso espíritu de ti,
he de proseguir gritando.

Ahora te regalo las blancas guedejas
que bajo la tempranía del sol,
con un jarro de agua clara, perfume y humedezco,
la mirada primera que hacia los arbustos doy;
mientras recibo los aromas matutinos

de una ciudad que se diluye
entre los credos del café.
Te ofrezco mi parte viril y generosa.
Y mi taza, también humeante,
ahora, en medio de esta ciudad sin nombre,
yo te ofrezco.

Seguid aromando allí, en el borde del camino,
oh tierna y olorosa camarada.

¡Que el júbilo y la osadía, la libertad y el poder
con que el paso interrumpes sea,
oh mi tierna y olorosa camarada, el mismo que antes
yo, de niño, disfrutaba sumergido en la campiña!

Seguid allí, oh mi tierna y olorosa camarada,
dándole a los míos la necesaria fuerza
para la exaltación y el goce de la vida.

Ahora que no estoy junto a ellos, os lo suplico,
oh mi tierna y olorosa camarada:

allí, aromándoles... seguid.

ALDO LINO SÁNCHEZ HERRERA (Minas, Camagüey, 1967). Poeta. Ha publicado los poemarios *Intemperie* (ediciones Memoria, AHS, Buenos Aires, Argentina, 1995), con el que obtuvo el premio de la V Bial de Literatura 1995; *Velamen* (Editorial Ácana, 2002); *Pulso del aire* (Editorial Ácana, 2010). Ha obtenido el Premio Rolando Escardó y el Premio de la Ciudad en reiteradas ocasiones. Poemas suyos aparecieron en *Credos y Antenas*.



La poesía de IRASEMA CRUZ BOLAÑOS

La poesía de Irasema Cruz ocurre en una circunstancia que al referirse se transfigura, y en la que el sujeto no encuentra asideros, sino un deslizamiento proteico que revela la inutilidad de buscar una identidad estable. La complejidad psicológica de sus textos es de una coherencia tremenda, que muestra la organicidad de su mirada y la persistencia del método de transcripción de lo visto. De modo continuo el sujeto se averigua, y se ve obligado a relaciones con seres cercanos o lejanos, y con espacios que se facetan de modo líquido, pero no para deformar espejos, sino para moverse aceleradamente hacia algún punto a través de una pantalla ebria. Todo esto lo copia en palabras con suma fidelidad, y la palabra-dragón que es cada título funciona como vértice semántico del turbión febril que es la aventura de vivir. No hay contaminaciones discursivas: su método es omnipresente, y deja al lector dispuesto y predispuesto: la riqueza metafórica consiste entonces en burlar estas expectativas del lector, aunque se conserve el mecanismo de fondo. Cuando uno evoca la tradición mundial de la prosa poética, que tiende a ser descriptiva o narrativa – dentro de la atmósfera misteriosa y onírica, casi de auto sacramental, en que nació la prosa poética –, se asombra de que aquí se conserve lo descriptivo y lo narrativo, pero que secretamente reine lo dramático, lo escenográfico, lo espectacular, la oniria como una puesta en escena. Entre los últimos cultivadores de la poesía en prosa, los textos de Irasema Cruz ofrecen una indudable singularidad.

ROBERTO MANZANO

XIV. DAGUERROTIPO

Bostezo al lado de mis padres, sin risa. El espejo del líquido me habla de pesadumbres, de mi pecho en la monotonía del ruido. Las trenzas no me sirven de aliento y la humareda persigue mis brazos. Estoy paralizada entre las camisas de un animal ausente. Renuevo el sentido de la evasión, no soy poeta ni la antítesis del mundo. El agua se funde con el sudor del fuego; la calle tiene mi sombra, guardo en el pórtico de su cristal, me señala el camino hacia los puentes.

Ojalá llegue el día de mi coronación, sesenta y dos incrustaciones de metal en los recuerdos. Soy víctima, la casualidad repone sus antojos. Duele el cuadro y mi padre. Me queda una ciudad, un amigo sin cabeza, el aullido del ángel recostado a la pared; no vale el asfalto ni que los perros reciten en mis vértebras la salvación mientras la nube se consagra al cuello de la modorra en el azul de los crepúsculos. El silencio juega con los baches de la ciudad; percibo que desvanecen los vitrales menos grises de Amelia.

Al norte del mundo yo soy un extraño que no sabe contentarla y no me atrevo a decir nada... Da gusto sorber sesenta y un vasitos de aguardiente: pero es muy distinto escuchar los desahogos de un viejo impotente, del milenio que pretexta su equilibrio. Las llagas del viejo son mías, disfruto la equivocación de los antídotos. Mis padres no se ríen, el daguerrotipo se ha petrificado; los colores más visibles a la luz se divierten con morder las estrellas.

Huecos del pincel saltan de la mesa y el viejo con su vasito me invita a seguirlo desde una temprana aberración. Ciudades, amigos febriles y monolitos surten mi cabeza de algarabías; doy giros de acróbata a medida que los párpados barajan las apuestas.

Somos algo más terrible que el bostezo ungido de piedras, de números incongruentes por la ansiedad. Ojalá su piel no derrita los metales ni mi rostro. Hay luz en el pasillo, luz de hambre y gente en el puntal de la cornisa; digamos que soy una gentil dama de la prehistoria, de los dinosaurios más carnívoros, una alquimista que la humedad desgasta. En el transcurso de las horas silbo pedazos de pala-

bras, del mar y los castigos que mi madre imponía. El negro del líquido es metal, su perspicacia se pierde en mis enojos. Mi carne está vaciada de peligros y de carne; no soy de las hormigas ni de mi madre ni de la orquesta que acompaña diariamente al reloj. Deambulo por la losa en abandono del pasillo, por los sillones cuarteados de lejanías.

El viejo impotente me invita a su trago, se queda inmóvil como si yo fuera una cantante de boleros, un escarabajo que aprende a morir sin el auxilio de la luz. Diríase que del ruido mi madre viste las cerezas, las marquesinas y se las roba para que su cuarto no esté tan solo, tan perseguido por las atmósferas. Tomo el aguardiente; tras el dibujo del mantel un niño escucha la blasfemia del milenio, tiembla el vasito del viejo; no soy nadie ni el alfiler que suelta sus arrugas en la corteza de la sangre.

El aire juega a descorrer la historia, ellos me miran y el aviador pierde sus alas en los días posteriores a mi nacimiento. El viejo ha vuelto del frente, con su vasito de miedo mira a mi madre; yo le perdono los cantos, las nubes y el cemento. A quién escucha el metal, el niño juega y el silencio retorna del frente, ella me esconde los ojos; se esconde de verle colgado al metal. El viejo impotente me observa perdido; conozco su mano, esquiva mi nuca, rígido consume la noche, el puente. No hay líquidos en el cuarto oscuro, el viejo se marcha y queda sin liras, almorzando una gota de sueño en el álbum de historias que los naipes desnudan.

XV. TRANVÍA

Ayer te vi los ojos, la marea y el asfalto. El dolor de la mañana me agota; los sonámbulos se han ido a maldecir su abulia; todo es una cárcel de oídos sin espera, perros que distraen al navegante y gemidos detrás del simulacro de amnistía. Es tan absoluta mi destreza con el polvo, mi angustia a lo irracional que las paredes de mi cuarto están febriles por el impacto de mi cuerpo contra el ave que picotea el cristal.

Ayer no te vi en la toalla recogido: reflejo del pensamiento en la saliva, tuve náuseas, el verso de los naipes y me volviste un maniquí sesenta intentos que la

inmortalidad modula. Ayer, si no recuerdo mal, mi vida era un festín en el que todos los corazones se abrían, en el que vinos de todas clases fluían sin cesar, ayer me contagiaron de asfixia y los entendí a pesar de que la lluvia me escamoteó la esperanza. El sol impactaba en tu mejilla con su tentáculo fuera de mis sueños. La nube caliente tu camisa, tu locura y las ganas de aprehender tu cuello levitaron, como simios en las hogueras, hasta el ocaso de la memoria.

La coartada que aprendimos en el transcurso de la abulia descubre los sentidos, su lejano pensamiento me divide; veo las hojas atravesar siluetas en el goteo de la mañana, aprieto las rendijas y se rompen los oídos y la tierra es un mar extrañamente cristalizado por el enojo.

Ayer el movimiento de las antenas contrajo nupcias; fuiste testigo, animal de desecho que habita sin importarle el costo de su demencia.

Amanece el vuelo de las orquídeas, un pez alondra, que recela del frío y los anuncios, anula mi constancia. Amanece en las viguetas, en los pasillos, en mi cárcel que atisba los recodos de tu carne. Ayer en la parada del tranvía simulé escapar con las líneas del cemento en relieve, bajo tierra a gran profundidad: allí buceaste el verbo, las angustias, mis ojos, la súbita bajada a los inicios. Ayer mi ventana se mojó de animal, de trotamundo, de carcelero.

Amanece el convite del silencio en el camastro, la pérdida del aliento y no estoy a la altura del instante que muerde los recuerdos; un día saltó, un día de fuego y raíces de sonidos en la quejumbre; iguales vestiduras me envolvieron la palabra, el discurso de bienvenida que tu rostro, el mío sin anáforas despertaron en las costillas de nuestros sudores. Mi sangre se embota en las ventanas de las rejas, te veo la saliva en la toalla, el cemento en los anillos; ayer vi la mancha de cal en tu diafragma. Amanece a gran profundidad; el miedo de las cartas; de los que fingen y las sentencias fijaron mi destino. Hoy te veo en la ventana, en la ilusoria algarabía de mi ensoñación. Te pedí las paredes, el misterio, la proximidad con aliento sin preguntas y te cansaste o nunca estuvo la certeza de quemar las horas anteriores.

Ayer no cuenta en los adverbios, en las simulaciones ni en mí. El juramento y la noche fueron compatibles con la burla; el error está en el aire, en la felicidad no visible, en el minuto que tu amante impuso a sus partidas. La ventana yace rojiza en el anuario de los soles imperfectos. Amaneció en mis ojos, a la distancia tu figura ha cuarteado mi espíritu; ayer nos vimos en la parada del tranvía, en los metales cruzados del pavimento y te dejé definitivo, incompleto podrirte las costillas.

XXII. DELFINES

Veo un muro y escucho una ciudad; y ahora veo una ciudad y escucho un muro; recuerdo la nube, el sucio escarabajo, mulatas, prisiones; gente podrida en cincuenta eclipses. Pienso que sí importa la muerte de un delfín, porque su aleteo es menos remoto en mi memoria que cuarenta y nueve crepúsculos.

La falacia se acuna en mis brazos. El trashumante, las cavernas, el polvo mienten al silencio más que el aplauso.

En esta ciudad mis ojos se venden a las putas; en esta ciudad morir engorda las prisiones, la mulata preña a los delfines. Siento que me gasta, que mi sombra se quiebra, que olvido. Vuelven las medusas a recobrar su vientre. Hay una ciudad inmóvil muriendo en las esquinas.

XXV. LLAVE

Susurra el portarretrato, un hilillo de sangre borra la pintura del marfil. Detrás del hombre va la calle y las antenas del reloj. El susto ignora los cuarenta y seis guijarros de la noche. Me atrae el quejido de la lluvia, un guerrero me presta su boca, su manía de clausurar los ríos. Me persiguen los bares; mi dolor fluye como serpiente inmutable del hastío.

Cuando la sangre sacude mi corazón con espantosa audacia, pienso en la llave, cada cual en su prisión piensa en la llave a despecho del mundo. Me divierte la soledad de la tierra; soy una mujer sin llanto. El portarretrato me acompaña, le pago por inmolarse y no me escucha. El patio de enfrente una y otra vez acude a mi silencio, escribe que soy una línea congestionada por la mugre. Diariamente lavo mis ojos, sorprendo una herida en mi lengua, un disparo al precipicio.

Dios lanza botellas vacías, papeles de sándwiches, pañuelos de seda, cajas de cartón, colillas y otros testimonios de su miedo. Cuarenta y cinco mármoles de escarcha saludan al planeta; una mujer oscura esclaviza la tormenta del vidrio infestado de mutantes.

El portarretrato engorda violentamente, cose mis recuerdos. Estoy enferma de castillos y principios; mujer escasa de pinceles y bahías. El portarretrato es una sombra de tierra. Una mujer escasa de ojos se corta las uñas mirando la noche, busca la llave que duerme los tiempos; nunca soltaron las voces ni las figuras de mármol. Una mujer sin ojos rompe la calle; tiene las horas marcadas de susto.

XXVI. RUPTURAS

Nunca tendré de nuevo lo que la muerte me ofreció, lo que tan fácilmente abandoné y que más tarde desearía hasta sufrir. La ruptura del cristal devora mi belleza; nadie me presta atención; el tálamo juega con chacra de la esfinge. Cuarenta y cuatro píldoras de amnesia dibujan mi soledad. Si alguien me observara quebraría el equilibrio. Nunca hallaré aquellos labios que mi vientre aguarda; no hallaré tu culpa ni vestirán los pájaros poéticas semillas. La pared deja su esqueleto al final del banquete. Tarda el aire como tardan las hogueras en partir los herrajes del insomnio. El miedo resucita la utopía del ángel, se jacta de poseer mi voz en las penumbras. Compré la felicidad al mercenario de la calle contigua; la máquina del tiempo huye por el tejado de mi casa; crecí en medio de un acorde inconcluso, de niños sin labios, de ruedas sin vientre; nunca hallaré lo que el miedo me ofreció: ruptura del cristal en la belleza. Morir no con Morir no convence.

IRASEMA CRUZ BOLAÑOS (La Habana, 1971). Poeta, declamadora, actriz. Ha obtenido numerosos premios de poesía. Recibió el Diplomado Historia y práctica de la creación poética.



La poesía de LIONEL VALDIVIA AGUIAR

La poesía de Lionel Valdivia Aguiar es de mucho aliento, y de notable osadía para la elaboración subjetiva de grandes asuntos. No teme enfrentarse a las atmósferas dramáticas de nuestra sobrevivencia, de nuestro enhebrarnos al mundo desde el adentro más doloroso y sensato. Siente con fuerte resonancia el escándalo de los orbes que se cambian dentro de nosotros mismos sin que los oídos comidos por la angustia diaria se percaten apenas de estas sacudidas tremendas. Pero el poeta, que es quien ve y oye en lo oscuro, el vigilante que rinde testimonio, puede, a pesar de las duras travesías, cantar desde los puentes que enarcan subrepticios las honduras de nuestra existencia nacional. Un hombre solo vale mucho cuando sintetiza en él su comunidad histórica. Y un poeta adquiere una voz especial, como vibrante y profética, cuando a través de lo que ha vivido y vive retrata lo esencial demográfico, el epos sumergido, el ethos de una comunidad que anhela mejor vida. La poesía de Lionel Valdivia Aguiar emana de esos veneros, borbotea de esas mágicas fuentes, salta sobre la luz donde todos los seres buenos nos juntamos a concertar la poesía y la verdad. Aún es joven, y a veces las palabras devoran y suplantán a las imágenes, pero vendrá día de perfecto dominio, y para ese día queremos que se vea hoy ya la calidad indudable de su poesía ofrecida, que forma parte de la vanguardia lírica recién estrenada.

ROBERTO MANZANO

LOS PUERTOS DEL SILENCIO
(Fragmentos)

IX

a Daniel

Por qué te empeñas en tener mi herencia,
Hoy que sólo para darte tengo el silencio,
Unas pocas letras definiendo la nada
Y la persecución indigna de la noche.
Es tiempo de la desnudez, del áncora,
De la danza silvestre sobre la sombra.
Pero aún no están repletos los baúles,
Faltan diagonales enteras,
Cuadros vacíos que te corresponden
Y perderán la profundidad bajo tu pluma.
Solo puedo legarte un reino despoblado
De fronteras inconclusas,
Una mano para arrastrar baldes de agua
Incapaz de conducirte a los peces,
Un ojo impuro en el centro del pecho
Con su túnica gris cubriendo los veranos...

Sin embargo, parezco al mismo tiempo
El vástago del miedo, la mención eterna,
El bufón predestinado a separar de tus pies
Los hambrientos escorpiones,
Apartarlos de tus columnas de bases planas

Como el mundo,
Hasta que reconozcas en la fachada de la casa
Las fauces temibles del invierno.

Yo, el pastor, pretendo darte el cayado
Pero no las ovejas,
Desconozco mis pertenencias,
Los agujeros por los que deberé ascender.

Abdico y construyo para nosotros
Una quinta dimensión, otras pirámides,
Otro Zeus sobre su trono de mármol,
Y encargo a las damas el cuidado de los jardines
Esparcidos por el aire
De una ciudad cada día menos conocida.

Todo para ahuyentar los ojos de la muerte.

Al comenzar tu ensamblaje final
En la intermitencia del vacío
Estarás apto para emprender tu traición,
Para descomponerme en los libros que me forman
Y odiarme,
Retener mi imagen
En unas coordenadas semejantes a la diana,
Al rumbo del dedo índice arrojado junto al tiempo.

También he tenido una araña hambrienta en mi estómago.
Otros cimientos he devorado,
Semejaban la lira y el polvo.
Te disculpo y te envidio.
El álgebra secreta de los juegos
Se me ha permitido descubrir otra vez.

Deudor, sereno y miope silbante,
Adivino, en los puntos oscuros de la geografía,
Tus descubrimientos de la luz.

XXIII

*Patio de vecindad que nadie alquila
igual que un pueblo de panales secos,
pintadas con recuerdo y leche las paredes
a mi ventana emiten silencios y anteojos.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

*Teníamos el sol.
teníamos el sol como un gran lago
de luz, y en nuestros juegos fuimos lanzando piedras
sobre su faz inerme...*

RAÚL HERNÁNDEZ NOVAS

A dónde va la isla con sus frágiles pies de oro
y sus convulsos hombres de neón.
A dónde escapa el cadáver de innata sencillez,
su glamour conservado en 35 milímetros,
en las relucientes células del carbón
empecinadas en devorar a mis personas.
Los carteles dotan de continuidad a la vida
mientras el pasto se hace espeso y enreda las piernas
convocándolas a la turbamulta, al reflejo.
Cómo se cruzan pinos y sofistas,
las murallas de horribles inscripciones
y la imagen de mi madre joven en la batea.
Ya mi madre vieja, la de las mariposas,
no consúltase en el temblor del agua,
su rostro es la huella innoble de la tierra,
no precisa buscarla,

tantearla en la cicatriz de su ojo,
la ha padecido en el lomo multiplicado del perro
y en los signos del hombre que partió.

A dónde va la isla
con sus sílfides de amplios corredores en el pecho,
con sus negros de béisbol, soñadores
muertos en un boleto a Nueva York.
Su curso es el de las cigüeñas del retorno,
el de la leña nublando las vasijas,
horno que derrite las mujeres,
que como piedras se arrojan sobre el rostro
para curarlo de inmovilidades ajenas
y apartar el cieno empotrado en los ojos
antes que sea el amanecer.
Por qué parten mis seres enjundiosos.
La isla aún se precipita, se hace esperma y roca,
es nombrada por pequeños puntos, resplandores
sobre el mapa de los genitales deshechos.
Hay suicidas que estrenan su oficio
mutilando otras madres,
llenando de agujeros el himen familiar del barrio...
Y nada pasa, excepto los trenes.
Su paso desempolva cada fragmento de hierro
extirpado de la falsa pierna del hombre
y arrastra las oraciones que dictamos al humo.
El consuelo es haber sido jóvenes antes de las paralelas,
habernos inscrito desde el fango adulterado
y pródigo del archipiélago.
Pero ahora en mis costados hay guerreros
que prefieren torrear sus miembros en estaño.
Tal vez brillan, pero temen ser la madera amontonada
en una plaza por descubrir en siglo lejano.
Sálvenme

las imágenes de unos tíos de alcohol,
piezas fundidas en un metal antiguo, élfico,
metal sin rostro para ser perseguido.
Animales ya formados,
prometeos que regalan sus vísceras
aunque terminen siendo sólo fibra
entre un pueblo de pastores.

Temo perder la isla,
verme obligado a realizar los inventarios,
a renombrar el surco que escarbamos,
a bautizar al niño que tiembla y amo,
a pedir perdón al padre por no ser yo también la culpa.
Son los miedos las fronteras de mi especie,
de esta especie líquida
dueña de tierras de distante bendición.
Terror tengo de la noche y del pan
no por ser agujeros opacos
para descender al magma del tiempo,
sino por sus rostros,
invocan la partida de la isla.
Cómo escapan los polvos envueltos en el sirio,
a qué otro lugar que no sea la costa del miedo
o a la insinuación de una Sierra de árboles hambrientos.

Ya no descubro el rumbo.
Padezco:
la ingravidez de la azagaya,
el sabor de una comida impronunciable.

AUTORRETRATO

*Hay en la vida quienes dejan que la vida les viva
Y quienes imponen a la vida dirección y sentido.*

LUIS CERNUDA

Hay hombres petrificados en la luz
Con los cuales me cruzo en el camino,
De ellos me duele el profundo esternón,
El pálido perfil de su respiración,
La sonrisa despiadada que se escupen.
Tendido como estoy sobre mi barca
Con los brazos apacibles
Para rozar el agua o la alfombra,
Siento como la delineación de mi estampa
No se jugará su congruencia con esos vestigios.
Una mañana pudimos converger en el reflejo,
En la vidriera que nos devolvía
Como transeúntes, apenas cifrados, en la procesión.
Pero había facciones difusas del oro,
Sólo sendas.
Esas alegres calaveras, detenidas frente a los cristales,
Eran la visión próxima del cerco,
La pueril contraseña del absurdo.
Había también un lobo abierto desde sus bordes,
Desde las mitades que lo amaron...
Trataba de cubrir a los hombres,
De ser piel.
Sus huesos parecían tan brillantes como el vino
Y no pude más que proponer un brindis,
Que saltar irrespetuoso desde su boca,
Para fundar el trecho final hacia el panteón.

¿Cuánto tiempo llevo asomado a las alucinaciones de Auschwitz
Como si perteneciera a otra isla?

¿Cuánto hace que tramito invocaciones
En la oficina donde se repite la voluntad de las horas,
La interminable promiscuidad de un número de serie?
Blanca, repetida imagen
Que sin mirar a los ojos, sin descifrar el ámbar
Condena al baile con el índice.
Al obscuro vacío almacenado tras la puerta
Escapan mis atmósferas probables
Dispersan sus precarios pies sobre la tierra.
Esos hombres fueron encaminados por la luz
Para luego ser traicionados.
Allí fueron sonámbulas sonrisas por la calle,
Líneas discontinuas en la pendiente,
En el pórtico del Boulevard.

Un sólo hombre dominaba la luz,
Pues iba pariendo los muros en las ruinas del fuego.
Su mirada iba siempre hacia la torre,
Era la embestida del valle,
Un movimiento y sin embargo
La luz sufría el insomnio
Una palidez desconocida por sus ojos.

Apenas simulados sus pasos
Comenzaba otra vez a mutilar los rayos.
Intentaba ante los otros su amor por los destellos,
La emanación de pulsos escurridos de sus vientres
Pero padecía una placidez desbordante,
Ejecutaba a la traición con sus propias suertes.
Tantos hombres fueron petrificados mientras esperaban

Ahogados en la sincronía del péndulo,
En el flash indomable...

Ya no aguardaban por el otro,
Por su reflejo en la vidriera.

Sólo mantener el paso
El conteo de las silentes pulsaciones...
Sólo mantener el paso
El detenido oxígeno ante sus bocas...

Yo estaba tendido sobre mi barca
Alejado de las angustiosas estratagemas de la luz,
Mis voces, sin percatarse, me salvaron
Con sus silencios y sus tumbas.
Pude verlo congelar el agujero que absorbía a los humanos,
Pude aislarme de la procesión,
De la marcha lúgubre hacia el álbum.
Fui el último o el primero,
Y él era la oscuridad del viento,
El simulacro de la victoria total sobre la migración.
Estuvimos observándonos,
Nunca frente a frente,
Pues la humildad podía ser absorbida,
Tenida como un crepitante desde la frente.
Estuvimos en el espejo que fue el cosmos,
La hoja donde calcarnos.
Fui el demente apostando por el vidrio.
Después, la luz se hizo entre mis manos.

LIONEL VALDIVIA AGUIAR (Camagüey, 1975). Poeta y narrador. Ha obtenido múltiples premios. Algunos de sus libros de poesía publicados son: *Desde los puentes*, *Travesía hacia el naufragio*, *Los puertos del silencio*.



La poesía de MIREISY GARCÍA ROJAS

La poesía de Mireisy García Rojas viene desde el mismo sustrato de la Cuba profunda, y sube por los vasos comunicantes de la sensibilidad hacia una rica isocronía con el mundo. Entre los numerosos poetas jóvenes que hoy engalanan la escena creadora del país, Mireisy García Rojas tiene asiento y voz, pues ya es dueña de una palabra que representa con lucidez y vigor el alma de estos tiempos. Sin dejar de tocar las almendras mismas del aire en que vive, sus dedos finos de mujer sensible saben también airear la tierra perdurable de lo humano, la batida intemperie del espíritu. Vea el lector la velocidad y precisión que imprime a sus versos, en los que los registros emocionales entran satisfactoriamente en las modulaciones obligatorias de lo sujeto a arte y representación.

ROBERTO MANZANO

SOBREVIDA

Sobre qué muerto estoy yo vivo...

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

No soy culpable de ser sobreviviente
fue el designio irrefutable de la Ley
un sacro trasplante del espacio
una contracción a través del túnel
hasta debutar en la escena sobre las primeras manos.

Noche tatuada en la semilla de la memoria.

El himen del viaje roto por mi cuerpo
sitiado en otro cuerpo que se amputa la carne,
el llanto, la presencia
recorre sin remedio hasta el exilio.

Ceniza que respiro junto al polvo.

Soy un tercio de otro tercio
o la parte más ínfima de un todo
que se extiende discontinuo por encima de una voz
para dejarme colocar mi letra en el testimonio
de los que mañana hemos muerto.

Tal vez por eso no me convenza de que existo
en mi propia vida.

PANORAMA

A Roberto Manzano

Si frente a tus ojos viene
a morir el pájaro,
si los hongos del otoño
cubren la página
y sientes el abrazo
de la hiedra
como la inmisericorde
anaconda
que tritura hasta el último eslabón de la memoria,
no desistas de tu sitio
en la contienda,
este es el riesgo,
este el precio

de las palabras.

Sobre el campo minado
crecen todas las flores del arca
y cuando esta lluvia se abre
nunca cesa
no esperes volver igual a casa.
Tu voz
es la parábola, la herencia
de Mahoma y de Yahvé.
Doce columnas de polvo vigilan
tu cama,
polvo sanguíneo y articulado,
establecido
en su espacio inapelable.
Mira correr el agua
de las futuras cenizas,
estarás a salvo

en tu carne
mientras no dejes caer
los cuchillos
desde el sueño más oscuro.

Vuelve tus dedos al arpa.
Los siete dones del Espíritu Santo
vienen a escucharte,
yo también vengo
y me siento a tu mesa
aunque en una silla más pequeña.

Nadie puede evitar lo indetenible
si tus hojas
son larvas de tierra fértil,
si desde el fondo
de todos los misterios
tu pasos abren la luz
por donde la mía entra.

SINCRONISMOS

A Mercedes

Esa luz en la orla de la tarde,
luz pródiga con apariencia de ángel
cruzando las calles a merced del viento,
viene hacia mí sin alas
con el rostro cabal de mi madre.

Discontinua retrocedo a corroborar el espejismo
— desde la otra acera —
la observo
y vuelve ante mis ojos la luz
— a su derecha en el sillón —
con apariencia de ángel,
sin alas, descanso de estar viva.

RESONANCIA

*carne bermeja flotando sin dueño
cazadora de orgasmos
M. G. R.*

Un duende sicalíptico
viene a mi noche
me sube a la góndola
quebranta el equilibrio
se cuelga de mis sábanas
hasta dejarme
en medio del océano,
flotando
bajo otro cuerpo,
deslinda mis contornos,
se diluye,
se omite,
se encarna
y yo debajo,
él adentro
es un arpista
que convoca a la resonancia del verso
entre mis piernas.

TESTIMONIO...

*Nunca deseaste atracaren palabras como estas y ahora
el horizonte es la verbena en donde ya no participas.*

AYMARA AYMERICH

Abres este libro y sientes caer las almendras. El otoño entra por tu casa como quien llega tarde a la pascua. Traes los bolsillos llenos de hojas secas para que todos vean limpio tu patio. Ahora solo quedan pequeños jaramagos y once sillas vacías alrededor de un poema. De las sábanas vienes a los espacios en blanco porque el silencio es más legible si la culpa se derrama por tu sueño. Debajo del colchón escondes la piel mojada. El cuadro del sosiego que tanto añorabas a trasluz tiene definida la impaciencia. Esta estación nunca cambia. Quien duerme contigo es una farola mustia de la noche. Yo soy el parque. Los cisnes del alba prefieren nadar en mi sangre, mientras en tus ramas solo las aves de rapiña vienen a posarse. Esta voz viaja contigo como un tatuaje de nieve. No puedes profanar la cinta que repite incesante tres toques a tu puerta. Es otoño, no tomes la siesta, tienes el suelo de vidrio y en él caen las almendras.

EPI-GRAMAS

I. Perf-oraciones
ahora duerme
 no hay diálogo
 durante un breve sorbo de tiempo
alguien en mis espacios
ocupa los pasillos
sin pedirle permiso a la materia
 no está solo
dentro hay un ente que lo completa

y se escuchan
ceremonias
destellos soterrados
perforaciones
donde el cuerpo envuelve arquitecturas vitales
donde reinan
en una ciudad disfrazada con voces y trazos

La desnudez es una balanza
y desequilibra al peso de los ojos
mis ojos
una góndola que viaja en la sangre de la sombra.

II. Pro-vocaciones

escucho entrar desconocidos en mi cuarto
los veo
se hacen el amor
seres que atesoran la armonía del orgasmo
estimulación ingeniosa y perversa
extraña manera de aterrizar en mí el eco de sus besos
los oigo mientras retozan
fuerte el sonido de tantos instrumentos
y nadie como yo puede sentirlos
demoler la inocencia de la noche
trasmutan
chorrean los espejos
sortilegio y residuos subversivos
provocaciones
ven, atraviesa el cerco del tacto
busca el sitio donde forman su dimensión
donde gestan sus símbolos
mineros que descienden a lo oculto
de mi piel.

III. Pre-meditaciones

nada queda

ellos devastaron los jardines

y creo ser sólo otra

 cuerda que sostiene retazos de soledad

 un arquetipo

dios mujer

una pausa entre palabras

o el sonido de una mariposa al vuelo

 ya no escucho cabalgaduras

 nadie me habla de encuentros

 mientras me visita la nostalgia

 de volver a la estampida

mastico hojas de laurel

y me subo al trípode

 bailo

para diluir la burla que se viste de murmullos

en otro idioma

y miro como quien descubre una presencia en la penumbra

 quizá sea yo misma y responda por otro nombre

 pero el temor sustituye las memorias

pasos monótonos cruzando las calles

oleadas que bordean la costa de mi vino

premeditaciones

 y estoy de vuelta a la intemperie

 una vez más me tiemblan las manos

hasta remover la imagen que contemplo.

MIREISY GARCÍA ROJAS (Bauta, La Habana, 1978). Poetisa. Premio Poesía amatoria 1998, 2001 y 2003. Premio de Poesía Elisa Villegas 2001. Premio Encuentro Debate Provincial de Talleres Literarios 2002. Premio de Poesía Félix Pita Rodríguez 2005. Publicaciones: *Séptimo relieve*, Editorial Unicornio, 2003; *La suerte del naufrago*, Editorial Unicornio, 2006; *Nacimiento oral*, Editorial Unicornio, 2008.



La poesía de ELSA MORALES

La poesía de Elsa Morales nace de la entraña misma de la tierra, y asciende con una fuerte vocación de cielo. Su palabra es sólida y bella, como una piedra rodada de río; transparente, como el cristal que cura y ensalma; benéfica, como la presencia cercana de un árbol. Está más allá de la literatura, de lo que lucha por sancionarse en los círculos de poder cultural, de lo que anhela ventaja y gloria. Es el ejercicio humanísimo de una personalidad dándose, creciendo para los demás, exteriorizando su médula de mayor duración y sortilegio. Cuando uno lee este modo de encarar la escritura lírica, siente que se ha escapado al fin del humo y la bengala de lo falsamente aurático, y ha entrado en el aura verdadera, la que circunda y emana de los espíritus llenos de bondad, que se encuentran en pura conexión y ascenso hacia el reino total de la poesía. Qué goce estético tan grande se siente entonces, pues no hay nada para el alma como la belleza que nace del bien. En esos veneros y exploraciones palpita la poesía de Elsa Morales, que ha crecido en el silencio, acumulándose como las hojas de un bosque o las piedras limpias por las crecidas. Véalo el lector directamente, penetre en sus textos con claridad y sencillez, y sentirá la grandeza artística y espiritual que encierran sus transparentes médulas.

ROBERTO MANZANO

FRENTE A UN ESPEJO

Palpo mi vestido de novia en defensa del germen de la vida,
inmersión de luz hacia los abismos de la especie,
acaricio las madreperlas translúcidas en lo hondo de los mares,
las acaricio, entre los efluvios brillantes de la arena.
Una ingravidez alegre, misteriosa, invade mis arterias
y llega al corazón vibrante como una sonata en diciembre.
Me desplazo entre las aguas. Pecesillos circundan mi silueta,
una mano de tierra se agarra a los abismos y forma la bahía,
subo mojada del vientre de la vida,
cubierta de algas con mi blanco vestido nacarado,
asciendo,
 asciendo,
las nubes se desplazan a mi lado, respiran alegría mis neuronas,
 me alzo,
 levito,
observo el mar y la tierra guarnecida de verdes ruiseñores.
Voy hacia el Norte, descendiendo en Greenwich ante el reloj adormecido
y despierto en el laberinto de calles y añosos edificios
mientras modernos autos corren a gran velocidad por una ancha avenida.

ASCENSO 1

Camino,
 asciendo por la ladera escarpada.
Tibet milenario coronado de nieve.

Estrecho es el sendero...
Mis sandalias tropiezan,
y se encienden ascuas sobre tu entraña abrupta.
Respiro sin temores segura de alcanzar tu cima helada,
la calentaré con mis pulmones llenos del aire de los valles,
de las llanuras florecientes,
de los páramos desolados,
benedicida por el salitre de los mares,
grávida de los tesoros insondables de la existencia.
¡Lado seas!
¡Rompe la niebla de la vida con tu lámpara de eternidad!

ASCENSO II

Perdida en la maleza de los días asciendo hacia la luz.
He andado por tierra, fuego, agua y aire
despertando el corazón en cada sorbo de vida.
Camino por el arco iris rumbo al horizonte,
allá donde las madre selvas reviven las campanas
y los gorriones saludan a la aurora.
Un rebaño alegre inunda cada poro
y mueve a sinfonías los corazones.
¡Se oirá una melodía!
Una tecla inerte despertará con cánticos y salmos.
¡Llegaré a ese universo de coloquios y sonrisas
donde las neuronas se visten de infinito!

ASCENSO III

Desde la tierra se levanta el remolino,
me rodea,
sube depositando en mi ser cuantos de sabiduría
del devenir eterno del cosmos en que habito.
Me envuelve en sus colores verdes, azules y morados.

Asciendo por la manivela de la vida,
empujada por los émbolos de la imaginación,
subo nítida como las notas que en arpegio me inundan
hacia una estrella que irradia su luz desde lo alto.

RAFAEL

I

Cuentan de un Rafael que con pinceles embelleció su tiempo
y que en la Historia con manos de Maestro supo esculpir su nombre.
Y tú, Rafael, amigo afable,
rematas con virtudes el óleo de la vida
dejando huellas vivas por los callejones
con tu paso tranquilo y mesurado.

Los lunes tu figura alcanza nuevos bríos
y entre muchachos setenta primaveras reverdecen:
enmiendas sus cuartillas,
tachas,
inviertes tratando de encontrar sonoridades y matices audaces
en los límpidos trazos principiantes.

Quizás otros te pinten de otra forma,
pero por qué no compararte con el Rafael de las Madonnas
si tú día tras día recreas lienzos vivos.

II

Dicen que en la vejez no se es poeta:
la vida lo desmiente,
y los pasos del viejo Rafael andando calles,
metáforas incógnitas y signos ancestrales.

Oh viejo Rafael, de hermosos resplandores,
de mano tendida al viento,
al cosmos infinito,
sin otro vestido que la reciedumbre.

Andabas paso a paso la ciudad
por su filigrana de asfalto
que cobijó tu pisada de luz.
Te haces visible,
oh viejo Rafael,
estás presente aunque mis ojos no puedan contemplarte.

Dedicado a la memoria de Rafael Esteban Peña, gloria casi anónima del Camagüey poético [Nota del seleccionador].

EVOCACIÓN POR UN MILENIO

El sembrador es el que siembra la palabra.
SAN MARCOS 4.14

Suenan campanas por los suburbios,
despertando el caos agónico del corazón,
en tanto, yo busco la quimera perdida en la rama del maíz.

Señor, la cebada espera por la siega
mientras tú clavado en la cruz miras al cielo solo,
abandonado.

Suenan,
suenan campanas,
resuenan sofocando el silencio,
y allá en el cielo, la esfera gira tras lo infinito,
avanza en penumbras,
el arco iris se desata en sollozos.
¡Haz el milagro!
¡Que venga la vendimia!
En la caricia de las uvas se cuece mi unicornio.

ELSA MORALES NARANJO (Bocaranza, Morón, Camagüey 1941). Poetisa, narradora y ensayista. Profesora de Español y literatura. Ha realizado una extraordinaria labor como promotora literaria. Ha obtenido numerosos premios y distinciones. Sus textos han sido publicados en revistas culturales del país y del extranjero. Su poemario infantil *Caballitos* fue publicado por la Editorial Ácana en el 2000.



La poesía de MARGARITA LOZANO PARRILLA

La poesía de Margarita Lozano Parrilla se vierte en la página como una sacudida que adquiere fluidez al ser leída. Nace de súbito, enhebrando lo que sucede en torno, y adquiere resonancias de otras aventuras expresivas, de otras circunstancias anteriores a su destino, o bien se borda con el vapor de lo que vendrá, de lo que se ensueña cuando el lápiz va dejando salir las líneas de la soledad. Se está solo con frecuencia, a veces en medio de la más tumultuosa compañía, y uno se detiene a palabrear con uno mismo, enterado ya de los episodios que cuenta la cultura y de los enigmas que nos trae el diario vivir. En muchas ocasiones todo el relato de la poesía no es más que una crónica de la compleja convivencia. El poema cuenta ese examen que le hacemos al destino, y que el destino nos envía como una intuición de la extraña madeja. Pero la poesía es un buen imán, benéfico, que orienta y cura, y deja a ver a los otros el senderillo por donde sube el espíritu hacia la nube más alta. También esto es divino, y es una de las cosas sacras que tiene su ejercicio, pues a través de ella pasamos nuestra mano por la mano de Dios. En esa caricia íntima que nos permite, al menos un segundo, adquiere sentido nuestra vida, y todo queda listo para empezar de nuevo la ruda faena de la existencia. La poesía de Margarita Lozano Parrilla está hecha de esos contactos, de carácter tremendo, en los que uno junta lo real y lo deseado en un solo haz de palabras.

ROBERTO MANZANO

ANTES DEL RETORNO

El encaje, antes, fue araña.
Fue la triste anatomía de una mosca.
La lupa en las entrañas del sonido.
La célula, la luz, la indiferencia.

La abeja murió del fuego de su propia miel.
En el panal de los dedos violentados.
El encaje fue un clavo a través del pie.
La resurrección en una espina caprichosa.

El velo antes de ser niña no fue.
No supo de la araña que tejía.
De la disección de una hebra de mentiras.
La célula fue un instante antes de vida.

Nos separa del círculo con su código mutante.
La llave, la rueda, la esfinge.
Los ojos prodigiosos de la arena.
Detrás del vacío, lo que fue Dios antes de ser.

INSUFICIENCIAS DEL CRÁNEO

La tierra mojada no conoce al verso
Ni a las sucias paredes de una celda.
No se levanta y echa a andar con su mirada de cierva ausente.

El origen no conoce la semilla
Ni el fonema
Ni los verbos en infinitivo.
No conoce de la astilla y la madera
Ni del clavo y la cruz.

Es por eso, tal vez,
Que paladeamos las raídas miserias,
Que buscamos entre los vidrios el polvo de los huesos.
Quizá por eso la palabra rosa nos devuelve el perfume.

Yo te ofrezco la pregunta
Que pende de mi piel y de mis vértebras,
Coagula en un instante los noes y las fugas,
La hermosura bestial de la materia.
Y tú dices: No sé.

Ambos vivimos con el mañana azul sobre la almohada,
Pero la tierra no sabe del humo y la pólvora
Ni de las claras cavernas de los cráneos caídos.

ALGUIEN MÁS

Cuando un poema comienza siendo triste
Se arranca del papel un giro de locura,
Se llena de escarcha la baba de los poros
Y las iniciales, para soplarle la nariz.

El poeta fue un niño que soñó ser alguien.
No llegó a convertirse en la persona que nombran los adultos.

Antes le llegó la muerte para nacer la vida
Y se enjabonó la nuca con archivos vacantes.

Al repasar las calles de la patria
No es su cuerpo el de un hombre,
No es el escaso valor de su apellido,
Sino un conjunto de mentes que le gritan: Poeta!

El infeliz que carga la palabra
Se asombra en su interior, se zarandea.
Por fuera la cáscara es tan limpia
Que no deja poner semillas en el huevo.

El poeta, llamado soñador,
Se conmueve ante su plato de harina,
Pero no llora las guerras.
Une en un papel con cara de tarántula
Su impresión sobre el hambre,
Los ombligos de un ave y la luna que habitaron los cantantes.

Ajusta con ligas de mujer un muslo descosido
Por la lengua prodigiosa de los hombres.
Ríe casi siempre, llora cuando no lo derribaría
Ni el suspiro de un pisapapeles sobre el error de su cráneo
Y el quizá de las palomas.

Prestémosle, nosotros los enfermos,
La llovizna de arroz que sostiene las muletas,
Las manos sin lavar, los callos del comercio
Y las islas que penetra el bombardeo.

Mordámosle la sien en ambos lados
Con la pupila blandiendo en la muñeca.

¡Que nazca, que nazca!
Aunque moramos en un campo de batalla permanente.

MUROS

I
Frente a la elástica
Blancura del silencio
Mido la brevedad del ser.
Con termómetros de luz
Palpo las cuencas vacías de las circunstancias.

II
De espaldas al reloj
Siento mi corazón latir.
Late mi voz
En la quietud de su ausencia.
El sonido del tiempo
Y de mi cuerpo
Se funden en una misma medida
Y no sé dónde se quedan los bloques del espacio.

III
Ambos palpamos la misma oscuridad.
Yo tengo mis órbitas celestes,
Tú buscas en la esfera la última caída.
Oculta aquí tus manos.

IV
Sentada bajo su lírica armonía
Ella contempla los muros.

Hay muros breves y muros lacios,
Antológicos e inciertos,
Hacedores de blasfemia,
Confesos sin pecado.
Y el muro simple y complejo
Que está allí porque le pertenece.

V
Frente a la sólida estructura del límite,
Desciendo.
Vuelvo a mi origen verbal,
A lo increado.

EPICENTRO

Esa sombra cóncava a lo lejos,
Ese momento azul sobre la almohada,
Es la palabra que respira
Lentamente de mi pulso hacia el papel.

No busco luces,
Que yacen como espaldas
En la memoria de un grito.
No son nada para mí

Los suspiros de una hoja
Que pudo ser arrastrada por el viento.
Pero escribo.

Aún cuando escribir
Sea el acto de repetir lo irrepetible,

De negar —ferozmente— lo innegable,
Aunque claudique al desfallecer
Sobre los huesos de las palabras.
Observo mi pared llena de cruces
Y pienso en el reflujo de letras
Que mueren en la tinta.

Ato la primera imagen
Que no es suspiro ni letra,
Dejo que caiga al laberinto,
Que se asome con mi nombre hacia el abismo.

Hoy quiero un poco más
Esa cifra equiparada con su dosis receptiva de tristeza,
Miro hacia delante y hacia dentro de mí,
Más allá de la sonrisa de la esfinge
Está la línea delgada, divisoria,
Donde convergen los puntos de las voces palpables.

GRAVEDAD

A esta hora todas las niñas sueñan con ser princesas.
Tú también, aunque lo niegues,
Tienes tus juguetes guardados bajo llave.

También tú sabes
Que la noche tiene la respiración de un animal acostado.
Tus manos tiemblan de oscuridad
Mientras tu madre te cepilla el pelo.

Y es débil el cristal
Que alguien ha colocado demasiado lejos.
¿Quién guardó en el bolsillo tu táctil soledad?

Ahora aunque las palabras sean grávidas
Y no puedas sentir el gemido de tu sombra
Recuerda que está intacta la pradera
Que ha poblado de pájaros el idioma de tu mano.

LABERINTOS

Uno

En cordeles se unen los sucesos.
A partir de los primeros puntos
Surgen momentos aguantados por los nudos.

Las mayores inquietudes,
Pesadillas artísticas de un loco,
Se enganchan a esas barreras.
Lo complicado es pasar sin estorbarlas,
No caer hacia arriba.

Las líneas discontinuas marchan.
El Apocalipsis se torna un vendaval.

A ambos lados de una misma imagen
Somos a la vez los unos y los otros.

Dos

En medio de la noche, croan las ranas.
En medio de las ranas, croa la noche.

Autobuses castos se pasean
A través de ella.
La noche que mira con sus labios mudos.
Paciencia, no confías sino en ti.
El camino de llantas y de cifras
Que no quieres oír.

¡Calla, realidad!
Deja que mi mente sin exigir escoja.
Que se cumplan las sagradas escrituras
En versos y estrofas.
Calla, realidad,
No quiero oír el llanto del camino,
Que la voz de la noche no me lleve hacia ti.

DESLINDES

I

Tu sonrisa dibujada en la noche,
Una medialuna de bronce
O el eco de un susurro transformado en luz.
Revierto el paisaje de mi memoria
Donde tus manos cuelgan como paños mojados
Y el agua de la fuente se ríe de nosotros.

Guarda en mí la corona de laurel
Que arrebataste a los líricos griegos
Y el llanto de una sílaba rebelde.
Tú, que escribes en las sombras chinescas
Y evades la melodía de los cisnes,
Vienes hacia mí de las lindes a las lindes
Con una manzana de oro y un pavo real de ojos ciegos
Que picotea el dorso de mi mano.

Tu sonrisa es así,
Como galopar abrazada y olvidar la llovizna,
Contemplar el movimiento de unas hojas que no son de otoño
Y la lluvia con su monótona añoranza.

II

Ahora no puedo,
Pero después sí.
Ahora me cubro los ojos con espigas,
Insulto al árbol y arrebato al necio
La piedra de bordes afilados.
Me hiero y la diosa de brazos clasicistas
Me venda piadosa y cubre mi pecho con la piel de un leopardo,
Cazado en África por un periodista norteamericano.

Convoco el resplandor triste de la nieve,
La melodía del silencio
Y el grito de los sueños olvidados.
Cierro los ojos para secar las figuras geométricas
Y destrenzar las líneas de nudos invisibles.
Se derrumba la escultura de piedra
Que ensordece el delirio de un piano interminable.

Veo tu rostro en el café
Y las tardes (sin París) con aguacero.
Vierto la espuma en el río de siempre,
Las flores del jardín, los gritos del mantel.
Alguien pasa y saluda,
Repito la palabra que te hace pensar mi fantasía.
El cielo desoreja su silencio.

DESPERTAR

Amaneció y Dios había muerto.
Los hombres se acordaron de Nietzsche,
Lamentaron haber soñado tanto.
Era muy temprano y en el cielo
Aún quedaban los adornos de la noche.
Alguien sollozó en voz baja,
Pero todos lo olvidaron.

Los rosarios, las cruces y los rezos
Fueron a parar a la basura.
Junto a las ratas y los trapos sucios
Quedó la Biblia y su historia de alabanzas.
Murió Santo Tomás de Aquino y la levadura del pan.
Los hombres se abrazaron satisfechos,
Podían hacer su vida,
Libres de las culpas y el paraíso.

Dios había muerto, sí.
Y con él los sellos.
La prostituta de Babilonia,
Que bebía de su copa de infamias.

Aquella tarde llovió un poco
Y cada cual hizo lo de siempre,
Incluso el niño que todavía jugaba rayuela.

MARGARITA LOZANO PARRILLA (La Habana, Cuba, 1985). Poeta, narradora y crítica. Licenciada en Comunicación Social. Textos suyos han aparecido en la revista *Descants*, de Canadá, y *Amnios*, de Cuba. Mención del Premio Nosside Caribe 2004.